

Oh, Aquel Pueblecito de mi Niñez!

MUY lejos de todos los conocidos y amados que le querían, había errando...

Hacia mucho tiempo.

Aun era un niño cuando se escapó de la casa paterna. Durante algún tiempo vagueadó en Baguio; entonces había servido de mensajero en una tienda de un chino; pero entretanto llegó a conocer a otro muchacho de Irisan, quien, dos veces a la semana, tenía la dicha de bajar en truck hasta Bauang, y así es que al fin del mes, cuando recibió de su amo, el chino, su pobre sueldo, entró en su nuevo servicio y desde entonces también pudo bajar en truck dos veces a la semana hasta Bauang, en donde ayudaba en las transportaciones, cargando y descargando mercancías en la estación. Al principio el trabajo le era durísimo, pero al fin se acostumbró, y se hizo más fuerte como también mas grosero. Sí, en poco tiempo se quedó muy vulgar: sabía repetir expresiones asquerosas y contar historias inmundas, aunque en un ilocano defectuoso, lo que hacía reír a los compañeros. Pues en poco tiempo, ya no se quedaba nada del niño callado y reposado de las montañas.

En los días que no había transportación, no hizo mas que matar perezosamente el tiempo y vagar con la gorra a visera larga

puesta en un lado de la cabeza, con el cirgarillo pendiente de los labios, con las manos puestas en los bolsillos de sus pantalones largos y sucios, arrastrando unos zapatos pesados por el asfalto resbaladizo del "Session Road" de la ciudad de Baguio.

Lo que prefería, era quedarse sentado en algun rincón del mercado.

Allí había muchísimo que ver: gente de Benguet, gente de Bontoc, gente de Quiangan, gente de Naguilian, gente de los valles abajo y de la costa; allí se oía hablar y charlar en todos los idiomas, allí largas líneas de mujeres vendían tabaco, montones de frutas traídas del "baba": lancas, salmagui, longboy, cestos enormes de legumbres: tarong, paria, otong, saluyot, panalayapen, katuday y marunggay", y otros cestos con pescados, los unos secados: el "karing" y los otros frescos: "bangos, monamon, bulong-unas, armang y ipon..." Mas allá, había sacos de arroz: arroz de los valles, arroz de los montes; se vendían ollas y pucheros. Hombres venidos de Pangasinan vendían perros y Igorrotes de Benguet ofrecían cerdos gordos, mientras que en los bancos alineados toda clase de telas se quedaban expuestas tal como en las tiendas de la ciudad.

Quando en el mercado el ruido y meneo decrecían, entonces divagaba perezosamente hasta su

barraca oscura y sucia, fuera de la ciudad; llamaba unos cuantos otros vagabundos de su edad y calibre, jugadores y perezosos, y todos jugaban hasta que la noche y el hambre les forzaba cesar.

Así es que cierta noche, fué cogido por un policía porque estaba jugando a los prohibidos y cuando unas semanas después dejó al calaboso, se encontró sin buscavida, y empezó su vida de vagabundo.

Algún capataz lo tomó a su servicio y ahora trabajaba en el camino en compañía de un equipo de gente de Bontoc.

Cada mañana, con un pico y una pala en las espaldas, salió del "campo" hediondo para dirigirse al sitio del camino indicado por el capataz, y cada mañana el mismo trabajo le llamaba en el frío y en la humedad de la madrugada; más tarde, el sol de fuego le quemaba y agujaba sus espaldas por el sudor, o también los chubascos le molestaban mientras continuaba su duro trabajo en el lodo y las piedras, y cuando llegaba la noche, volvía como una máquina a su "campo" oscuro en donde el humo del fuego de pino quedaba suspendido debajo del techo de cojon tal como una gruesa neblina: allí comía algo y después extendía sus miembros endoloridos por el cansancio sobre unas cuantas cañas mal ajustadas. Sin embargo continuaba trabajando a pesar de ser el único individuo

de Benguet entre estos extranjeros de Bontoc; pero poco a poco se sentía invadido y saturado por la tristeza que le causaban su soledad y el abandono total; ya casi no hablaba más, se quedaba moroso malhumorado y bronco y hasta tenía asco de vivir.

Sin embargo, siempre seguía trabajando, pero, mientras escababa la tierra con su pico ó la desvolvía con su pala, sentía la fatiga en sus brazos y espalda, su imaginación buscaba un cambio, un alivio, un mejoramiento para su vida de perro, seguía trabajando hasta que algun día sentía el vertigo: dejó caer el pico, se acostó con la cabeza de fuego sobre una piedra fría del monte, se volvió hasta las hierbas al lado del camino, cerró sus ojos y esperaba.



Al despertarse estaba extendido en el "campo"; sus compañeros, sentados de cuclillas al su alrededor, le sobaban los brazos y piernas y habían envuelto su cabeza con algún pedazo de lampazo mojado. Al abrir los ojos, miró sus caras... las reconoció.. Entonces preguntó lo que le había pasado y oyó como le encontraron en las hierbas del camino, mojado por las lluvias, desmayado por completo, y por eso lo habían traído al "campo."

Eso, y nada más de lo que había pasado en el "campo", recordaba más tarde...porque de nuevo

había caído en el delirio... quería escaparse, se levantó empujado por el calor de la calentura, pero los hombres le cogieron, aplicaron otros pedazos de ropa mojada en la frente, los cambiaron de vez en cuando y toda la noche le vigilaron pensando que moriría. Al día siguiente, muy de mañana, los compañeros le llevaron al hospital.

Durante varias semanas se había quedado allí.

Durante largos días, exhausto por el fuego de la fiebre tifoidea, se quedaba acostado, con los ojos grandemente abiertos fijados, ó tontamente mirando a las largas líneas de camas en la sala. Sus ojos seguían a las enfermeras que siempre activas pasaban de un lado a otro, ó parecían devorar los nuevos enfermos traídos, ó interrogar a los convalecientes tropezando entre las camas, ó examinar a los parientes venidos para consolar a sus enfermos. ¡Cuántas caras! ¡Cuántos extranjeros!

Con el tiempo y poco a poco se mejoró, sintió volver sus fuerzas y entonces se quedaba pensativo... Al principio no eran más que imaginaciones locas y incohesivas, pero al fin pudo imaginarse la necesidad de algún cambio en su vida.

Su vida pasada ahora le parecía una larga y profunda miseria.

Al mirar por la ventana abierta y al ver las verdes montañas y por encima el cielo azul con algunas nubes asoleadas, ya no podía

comprender toda la paz con que rebosaba su pobre corazón.

Más allá, en la profundidad de estos montes yacía su pueblecito natal.

¡Ay! Cuanto había llorado cuando el Apo Pari le visitó algún día, se sentó a su lado y le preguntó:

—“¿Nadie viene a visitarte, Kwanching? ¿Y hasta ahora nadie ha venido para ver como estás?.... ¿Viven aun tu padre y madre, Kwanching?”

Apo Pari había hablado con él con tanta amistad....y entonces Kwanching súbitamente había sentido en la profundidad de su corazón algo que le decía que debía vivir, que debía cambiar de vida, que debía volver a casa....

¡Ay! No quería más vagar y divagar perezosamente, sin fin y objeto de vida.

Quería volver....¡Quién sabe si aun vivían su padre y su madre! Acaso habían muerto, durante su ausencia, durante su vida bestial, mientras estaba lejos de ellos.

¿Porqué les había dejado? ¿Porqué había dejado la casa paterna, hace tantos años ya?

Y revolviendo todo eso en su cabeza endolorida, Kwanching había empezado a llorar y era como si todo el dolor, por tantos años amortejado en su corazón, hubiera brotado de un golpe de su pecho.

Pero estas lágrimas abundantes le probaron bien.

Ahora sentía alivio y veía una luz, igual a la aurora de la mañana que disipa las tinieblas de la

noche. ¡Que bálsamo! Experimentaba la necesidad de algún amor y de paz, y en cuanto se amejoraba cada día, así también cada día aumentaba su anhelo hacia su casa paternal, hacia la soledad tan pacífica de su lejano pueblecito, y en los primeros días que salió fuera, cuando de nuevo respiraba el aire tan fresco de los montes, miraba silenciosamente hacia el horizonte distante, en dirección de su pueblecito....que estaba más allá del valle azul....más allá de las verdes laderas....más allá de las cumbres pintorescas.... Sí, allá estaba su pueblecito y para él ya era como si estuviera al lado de su padre y madre.... en su casucha de Abuat....



Kwanching había dejado el hospital.

En el mercado de Baguio, había comprado algunos vestidos para su padre y madre, unas cuantas hojas de tabaco y algunas chincheías que sabía serían bien recibidas.

Desde muy de madrugada había partido: andaba por el "mountain trail" con paso ligero y corazón alegre; en estos momentos podía aun contemplar las blancas nubes nocturnas, suspendidas en los desfiladeros, entre Tublay y Capañgan. Mas allá de Atoc, dormían aun las cumbres en la oscuridad de las matas y las altas hierbas en ambos lados del camino goteaban perlas de rocío nocturno. A me-

didada que procedía y había pasado el pueblo de Capañgan, el valle, perdido en el azul de la profundidad, se torcía más y más hacia la derecha, en dirección del río Agno, detrás del cual como olas gigantes se levantaban altas montañas creciendo siempre hasta llegar a la cumbre del siempre nublado Kadasaan. Aun escondido detrás estos gigantes, el sol tiraba sus rayos de oro: el gris indistinto del valle y de las colinas desaparecía como por encanto: las laderas brillaban como un cuadro plateado; el aire, las rocas, las laderas y los abismos se bañaban en un océano de luz y colores.

Amaneció de nuevo el día en el país tan tranquilo y pacífico de los montes.

Kwanching reconoció la región que hace años no había visto: era el mismo camino de antes, desde La Trinidad hasta Salichet, con esta única diferencia que ahora era ancho y llano y que en todas partes trabajaban una infinidad de obreros: sería un día el camino para autos, desde Baguio hasta Bontoc; pero desde Salichet hasta Ambuclao, en la ribera del Agno, siempre era el mismísimo sendero bajando en numerosas vueltas debajo sombríos arcos de verdura eternal de pinos, pero ya cerca de Ambuclao, en la cima del monte, Kwanching de repente salió de la sombra y entró en lo resplendente del sol que tal como llamas, se levantaba de la madre del río y le quemaba la cara.

Vadeaba la corriente, y sentándose en la sombra de unas plantas faustosas, comió la morisqueta que llevaba desde Baguio. Terminado, proseguió su camino medio día más lejos, andando en la madre de algún afluente del Agno dirigiéndose al este.

La noche iba a caer, cuando llegó a la vista de su pueblecito. Parecía que ahora la ansiedad empujaba la sangre de sus venas y de su corazón: se sentó en la curva del sendero desde donde pudo contemplar el valle.

Algunas chicas, todas cargadas de un pesado kaiban, cesto, lleno de camotes, pasaron de largo en silencio...volvieron a sus casas: el trabajo duro del día estaba terminado.

Frente a las casuchas encendieron el fuego; de todas partes subía despacio el humo blanco de leña de pino que ardía, quedándose como una neblina azul flotando por encima de los techos,



Apenas se había salido el sol, por encima de Tudingan, ya sabía todo el pueblo que Kwanching había vuelto: Kwanching, el niño que hace años se escapó de casa, y que ahora de vuelta era un varón de alta estatura.

El anciano, Tulchec, su padre y la vieja Orana su madre apenas lo habían reconocido cuando ayer anoche en el pueblo de repente se había presentado a ellos.

Los labios de Tulchec tembla-

ron de emoción y de felicidad a la aparición súbita de su hijo. Orana había llorado y cuando Kwanching les había dicho: "Nunca más partiré de aquí y me quedo con vosotros", en seguida los padres habían olvidado toda la tristeza padecida durante la larga ausencia de Kwanching.

Aquella mañana, muchos visitaron a Tulchec para ver a Kwanching, y el anciano, sentado a la entrada de su casucha, fumaba el tabaco regalado por su hijo Kwanching y en su cara arrugada se leía una evidente expresión de satisfacción y felicidad.

Kwanching había vuelto, Kwanching a quien había creído perdido ó muerto, Kwanching, su hijo, ahora un varón, un hombre.. "Nunca más partiré de aquí y me quedo con vosotros" así había dicho Kwanching, y Tulchec no cesaba de repetir estas palabras en sus pensamientos, su corazón no era capaz de medir toda su felicidad: de veras, desde ahora dichosos serían sus últimos días. Kwanching era fuerte y grande, trabajaría para su padre, y se encargaría del peso de los trabajos.

"Ahora puedo morir tranquilamente", así pensaba Tulchec, "ahora puedo morir en paz: Kwanching llorará al lado de nuestro cuerpo; cuidará el fuego de la muerte, y preparará todo lo que debemos llevar al país de los difuntos".

Con que gusto escuchaba Tulchec la voz de Kwanching, quien

en estos momentos relataba a los visitantes todo lo que le había pasado allá.



Ya parecía que Kwanching quería reduplicar la felicidad de sus padres en restitución de la mucha tristeza que les había causado por sus largos años de ausencia.

Ahora desfogaba la felicidad de su corazón con golpes sonoros con el hacha al cortar leña en los bosques; y cuando el sudor le gotteaba por todo su cuerpo y cuando cargado corría al pueblo sentíase dichoso. No consentía a que su padre Tulchec tocara aun el arado; él mismo, Kwanching, trabajaba con el carabao en el lodo de los arrozales; el mismo cortaba zacate para los animales; el mismo los cuidaba; y al anochecer, el mismo cogió el palo y pilaba y limpiaba el palay y preparaba la morisqueta para la cena.

La paz y la felicidad llenaban el corazón de Kwanching, tal como la luz del sol saturaba el valle tranquilo de su pueblecito. Muchas veces cuando desde la cumbre del monte miraba abajo en donde el río espumoso serpenteaba por los campos, sucedía que Kwanching se acostaba pensativo en las hierbas odorosas; entonces sus ojos seguían los movimientos del halcón montañés columpiando en lo alto de la profundidad azulada. ¡Cómo la tranquilidad emanaba de estos campos dorados, de aquel humo azul extendido por encima

del pueblecito oscuro, escondido entre los mangos verde-oscuros! ¡Que tranquilidad reinaba entre estos camotales blanco-verdes en las laderas de las colinas en donde las mujeres silenciosas seguían tranquilamente con sus duros trabajos! ¡Que tranquilidad subía de la sombra de las barrancas en donde el wakkal, planta serpentina, como una cortina descendía de las ramas del Tatangaan y del Petecan, y en donde el martín pescador, el pitdungay, anidaba entre las florecientes cañuelas! ¡Que tranquilidad se extendía por encima de las laderas cubiertas con bosques de donde surgía el mugido del ganado que pacía! ¡Que tranquilidad abrazaba a todo este rinconcito, escondido en esta región montañosa, tan sosegado, tan resplandeciente de luz y de sol como de sombras violadas! ¡Que tranquilidad reinaba en los corazones de los habitantes sencillos quienes con tanto afán se fatigaban en su lucha por la vida!

Kwanching muchas veces meditaba sobre la gran diferencia entre esta tranquilidad tan suave y el alboroto tan ruidoso en donde había vivido antes: “sin cuidado, sin cariño, desbaratando mi juventud.”

Por eso, Kwanching recordaba con desagrado estos míseros años; procuraba ahuyentar estos recuerdos tal como huía del ambiente joeng-aan, que pica.

En cuanto aumentaba su dicha de estar en casa, también aumen-

taba su desinterés por todo lo que sucedía fuera de su pueblecito: le bastaba dar gusto a su padre anciano y a su madrecita vieja; le bastaba la fiesta del pueblecito tan sencillo pero a la vez tan alegre, cuando batían el tambor el sulibao, ó resonaba el retintín de las calsas, cerca de alguna casa en donde se bailaba el baile antiguo; en los días de lluvia ó en la tranquilidad de las noches, le bastaba sentarse a cuclillas, fumando y charlando con algún vecino, mientras se ocupaba de algún trabajo manual.

¡Oh, que noches más agrada-

bles, cuando la luna saturaba su pueblecito con su luz de plata, cuando el pitaat y el pelpel, los grillos, cantaban en las hierbas y en los campos mientras se balanceaban las cañas altas y oscuras debajo del cielo azulado sembrado de centelleantes estrellas!

¡Cuántas veces pensaba en todo eso Kwanching, cuando desde la cumbre del monte, miraba hacía abajo, en la profundidad, en donde las casuchas quedaban perdidas en cuadros de la verdadura repitiendo continuamente en su corazón: "Queridísimo pueblecito mío, nunca más te dejaré!"



Viajaban en un mismo tren una joven muy educada y un pasajero muy grosero. Apenas sentado faltóle a este último tiempo para tatarear refranes obscenos.

La joven no puso atención a lo que vomitaba su vecino, pero de repente deja escapar inadvertidamente un bos-

tezo.

—¡Oh, señorita, creía que iba V. a tragarme!

—Dispense V. señor; soy israelita y no como carne de cerdo.

¡Por vida del pasajero! Acababa de tropezar con una joven que reivindicaba virilmente su derecho al respeto.